

REPRODUCCION

Tomo III.—No. 55.— 18 de febrero de 1921

Una demostración a Paul Groussac

En Buenos Aires

«Al ofrecer un banquete a Paul Groussac, el 20 de noviembre de 1919, quiso la revista *Nosotros*, en forma usual, práctica y amistosa, testimoniar al anciano y eminente escritor, la adhesión de un fuerte núcleo de las nuevas generaciones intelectuales a su obra elevada y bella, y el reconocimiento de su eficaz influencia sobre nuestra crítica y nuestras investigaciones históricas. Han motivado circunstancialmente esta demostración, la publicación del libro *Los que pasaban* y la reciente presentación de Groussac como conferencista ante el selecto auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras.»

Discurso de Roberto F. Giusti

(Uno de los Directores de NOSOTROS)

Señor: Los hombres de la revista que hoy congrega en torno vuestro a tanto amigo y admirador, si miran con creciente afán hacia el porvenir, no olvidan la solidaridad que existe entre las generaciones, ni rompen, desdeñosos y ciegos, los lazos con el pasado, en cuanto ese pasado sea espíritu, y espíritu de bien. Esta revista, cuyos directores siempre han desbaratado con decisión cualquier intento de enfeudarla a hombres, a camarillas, a tendencias personales y estrechas, abriendo sus páginas a todas las palabras, a todos los exámenes, a todas las discusiones, convencidos de que no es posible fundar una real crítica de valores sino sobre las libres oposiciones de ideas y choques de sentimientos, aun, a veces, por el camino de la injusticia momentánea,—nunca ha adoptado por sistema actitudes iconoclastas; al contrario, ha buscado siempre aliento y guía en la obra de los verdaderos maestros. Creed,

señor, que entre los raros espíritus que en las letras y el pensamiento de América hemos tenido por tales maestros, en todo tiempo los más allegados a NOSOTROS os hemos puesto a vos.

¿Cómo hubiésemos podido desconocer las altas enseñanzas contenidas en vuestra obra, toda ella encaminada a educar las mentes en el culto de la sinceridad y la verdad, a fijar valores en las letras y en la historia, con imparcialidad viril, a difundir el amor del pensamiento y la expresión limpios y lúcidos, a libertarnos de la tiranía de los fantasmones de la política y las academias? Hé ahí por qué Groussac (permitidme, señor, que así os llame, con la familiaridad a que nos autorizan amigos y maestros) ha sido para nosotros en todo tiempo una enseña y una norma.

No nos habríamos atrevido a sacaros de vuestro fecundo apartamento, para traerlos a esta fiesta, si al acercarlos a la juventud, como ayer lo hicisteis, subiendo a la cátedra de la Facultad de Filosofía y Letras, no nos hubieseis claramente mostrado que de corazón estáis con nosotros. Os confe-

saré que os mirábamos de lejos con un poco de miedo; pero vuestra palabra cordial nos ha alentado a pedirnos que os mezclárais esta noche a nuestras filas, para escuchar de nuestros labios que la mejor juventud argentina os acompaña.

En efecto, señor, en este momento de incertidumbre moral e intelectual, en que una bárbara jerga que es turbia avenida formada de no sé cuales raudales descendidos del comité y el suburbio, después de haber casi cubierto el diario y la tribuna, amenaza soterrar bajo su limo fétido todo el pensamiento argentino, — nosotros, ya estrechados por la inundación, afirmamos aquí, en este islote de cultura y civilidad, que el país sólo se salvará de los avances de la barbarie que creíamos superada, y de las peligrosísimas asechanzas del presente, si todos nos volvemos apóstoles de esa virtud de que vos habéis sido practicante incansable e ilustre: la virtud de hablar con claridad, con sencillez, con precisión, con gracia, con franqueza, lo que equivale a pensar, y a ver, y a prever.

Y en este momento en que las más

oscuras fuerzas del pasado vuelven a librar batalla contra quienes anhelamos una humanidad redimida de toda esclavitud material y moral, en vos, señor, hemos encontrado de nuevo al maestro de los mejores días. No se ha torcido ni debilitado con los años vuestra fe serena en la razón, siempre aviesamente acechada por los fantasmas de la caverna y de la plaza y de la escuela, los temerosos *idola* baco-nianos. La alta inspiración de Taine y de Renán, que alienta en vuestra obra y que desde temprano os armó de la fe en la ciencia y del instrumento poderoso del método positivo, aún ilumina los días de vuestra ancianidad ilustre.

Leí, Maestro, vuestro testamento filosófico con honda inquietud; pero ¡con qué pura satisfacción llegué a su término! Perdonadme esta confesión irreverente. Temí que también vós hubieseis flaqueado. Pero no: no nos habéis desamparado en el día de la prueba, desertando de nuestras filas, como tantos otros, o por miedo, o por decaimiento, o por interés, o por versatilidad, para pasaros al campo de los «convertidos.»

Todos estamos dispuestos a reconocer la legitimidad de la presente reacción contra el positivismo, siempre que ella consista en combatir el ciencismo mezquinamente dogmático y en propiciar una revisión de los conceptos fundamentales de la ciencia, para darle más amplitud y firmeza al entero edificio. Pero quien todavía pregone con el ya enterrado Brunetiére, aquella tan traída y llevada bancarrota de la más luminosa conquista del hombre, ofreciéndonos, en cambio del arma invencible que pretende arrebatarnos, la espada mocha de la visión mística,—ése, o ingenuamente nos retrotrae a la declamación romántica, ociosa y estéril, o sirve subterráneamente a los sectarios que se oponen a la liberación y elevación del hombre en la tierra, tañéndole músicas celestiales.

A este propósito, señor, vuestro valiente libro *Los que pasaban*, a la vez piadoso y justo, habla fuerte y claro, y nos señala sin ambigüedad nuestro programa de acción. No he de comentarlo aquí, ante personas que, todas, lo han leído y meditado. El es la sín-

tesis de vuestro pensamiento y de vuestra vida, él nos muestra la perfecta unidad de vuestra conducta y de vuestra obra. Nos dice más: que la moral laica que vos sustentáis, «fundada simplemente en las nociones de libertad, deber, justicia, conciencia o sanción interna,» da a las conciencias a las cuales inspira, una belleza y nobleza ejemplares. Hablen por mí tantas admirables páginas de vuestro reciente libro, henchidas de austera resignación ante el inevitable término; entre todas, la bellísima que cierra vuestro testamento filosófico, sobre la cual flota el grave, apacible, dulce encanto de las tardes otoñales.

Maestro: al ofreceros esta comida, la revista NOSOTROS no ha pensado rendiros un homenaje baladí. Hace una profesión de fe artística y moral.

Discurso de Paul Groussac

(Ligeramente abreviado)

Señores: Después de los discursos elocuentes que acabáis de aplaudir y cuya honda impresión prolongan en mí

vuestros aplausos, hallaréis, lo espero, en la visible turbación que me domina la forma más ingenua y expresiva de mi agradecimiento. Os habéis adherido espontáneamente a esta demostración en honor del huésped cincuentenario de los argentinos, sin reparar en lo excesivo de un premio tan desproporcionado a sus merecimientos; porque sabéis como yo que el homenaje, aunque otra cosa digan benévolamente sus iniciadores, más que a la mediana importancia de la obra, se dirige al largo esfuerzo del obrero, peregrino en tierra extraña, si bien mucho tiempo ha que ésta dejara de serle tal por la asimilación familiar y los afectos. No incurriré, por cierto, en la inelegancia de aparecer ensalzando a mis panegiristas y retribuyendo al contado los elogios exagerados que ellos acaban de prodigarme,—aunque, hay que confesarlo, con vuestro culpable asentimiento. De sus vibrantes oraciones de esta noche, sólo repetiré lo que me dictan vuestras recientes aclamaciones: a saber, que confirman brillantemente la justa reputación de sus autores.....

De más estaría, señores, manifesta-

ros con qué real e íntima satisfacción veo sentados en torno de esta mesa a no pocos amigos míos, distinguidos representantes de la Universidad, de las letras, de la prensa, del foro, de la política, de la *élite* social, quienes, en mi obsequio, han venido a confundirse una hora con esta falange de ardorosa juventud estudiantil, que ha querido agasajarme, sin conocerme personalmente los más de sus miembros, por simple afinidad hacia el más viejo de los estudiantes argentinos. Me cabe así la honra de ser por un momento como el frágil eslabón de juntura entre la generación que hoy ocupa el escenario y la que se adelanta a sucederle. Y yo, reliquia de ayer, doblemente ajeno a toda tumultuaria actualidad, no contemplo sin emoción este encuentro fortuito, en un ágape cordial, de dos grupos representativos: el uno, del presente, y en plena actividad; el otro, del porvenir y que ya se prepara, con el dichoso desembarazo de la edad, a recibir, cuando aquél termine su misión, la más pesada herencia de problemas sociales y políticos, todos ellos de ardua solución improporrogable—fuéramos de algunos, tanto

más temerosos cuanto menos solubles. Ahora bien: con el riesgo de arrojar una sombra a vuestra natural alegría y apareceros como mi propio aguafiestas, me siento impelido, correspondiendo virilmente a la confianza que me ha demostrado esta parte juvenil de la asistencia, a pronunciar algunas palabras sinceras y graves, acaso no desprovistas de substancia bajo su envoltura sencilla, pero sin duda poco usuales en estas fiestas. Me dirijo, pues, especialmente a mis amigos noveles, esperando que mis reflexiones no les suenen a machaqueo senil, ya que son ellos, según el doctor Ibarguren, quienes han tenido el deseo de escucharme. Por lo demás, y aburrimiento aparte, sé que goza la juventud de un feliz privilegio—lo que en francés se llama una «gracia de estado»: y es un don de fácil olvido para toda prolongada pesadumbre, que la asemeja al pájaro en la rama; el cual, si no sigue cantando bajo la lluvia que no penetra su impermeable plumaje, sólo espera el fin del aguacero para continuar su interrumpido gorjeo.

Señores: antes de tocar el otro orden de cuestiones a que he aludido, me

permitiréis recordar que esta honrosa demostración de aprecio ha sido promovida por un grupo de «intelectuales», como todavía suele decirse, y dirigida a un hombre de letras. El paso que con esta amable iniciativa han dado hacia mí los escritores de la revista NOSOTROS me debe ser tanto más halagüeño cuanto que nunca colaboré directamente en ella, ni, hasta anteayer, había tenido con ninguno de ellos relación personal. Sin embargo no ignoraba del todo la publicación, ni desconocía lo meritorio y abnegado de una empresa que, hace doce años y en un medio todavía poco propicio, lucha por la vida: vale decir, en principio, por el derecho de la literatura argentina (tomado el término en su sentido lato) a la más simple y modesta existencia. He dicho «en principio», porque si he de hablar la verdad—y es bien sabido que debo hablarla—algunas veces que recorrí sus páginas, no encontré que todo su material, por el fondo o la forma, respondiera cumplidamente a un alto programa de arte puro y pensamiento argentino. Me sucedió alguna vez fundar una revista que tuvo bastante éxito;

pero sucumbió, si bien a mano airada, en edad demasiado tierna para que el experimento de su propia subsistencia fuese del todo decisivo. No ignoro, pues, con qué dificultades se tropieza—además de las materiales—para mantener el nivel de semejante publicación, y a qué compromisos o condescendencias debe un director resignarse para llenar mensualmente un número de ocho o nueve pliegos. Confesemos que, hoy por hoy, todo canon de inflexible rigor, aplicado a la colaboración periodística —mayormente gratuita— en punto a novedad en el pensamiento o belleza en el estilo, acarrearía aquí el marasmo de la revista y su próximo fin por inanición. Es fuerza, pues, transigir no pocas veces con la medianía, la moda imitativa, la extravagancia disfrazada de raptó original. Lo único que por ahora puede exigirse de un «mensual» literario, dado a luz en Sud América, es que demuestre su aptitud para la vida, revelando un progreso paulatino pero constante en su desarrollo. Tal es el proceso natural de todos los organismos destinados a vivir: y tal, me complazco en atestiguarlo, el que

he observado, sobre todo durante su más reciente época, en la evolución del periódico nombrado. En el fondo como en la forma, se manifiesta un apreciable mejoramiento: los asuntos de historia y sociología aparecen más numerosos y sólidos; el derecho imprescriptible de la crítica se ejerce más y más como una función de juez severo, no como un acto de venganza alevoso y cobarde; las producciones de estudio empiezan a prevalecer sobre las tituladas «de imaginación,» —las que, desgraciadamente, redundan con harta frecuencia en indigentes reminiscencias de originales no siempre suntuosos. Creo que no puedo ser sospechado de hostil o indiferente a la creación artística; pero por lo mismo que la considero obra primorosa y singular, desconfío de su exagerada abundancia, que me sabe a falsificación, como sería, si toleráis la imagen vulgar, una ración de ambrosía servida en plato sopero.....

Es muy sabido que en materia literaria—y esto no reza especialmente con Nosotros, sino con “todos nosotros”, escritores hispano-americanos,—la cuestión del estilo es primordial...

Tranquilizaos, señores, y no temáis que abuse aquí de mi pasajera inmunidad para infligiros, a los postres, una disertación académica. Quiero indicar únicamente, — después de reconocer que, también bajo esta faz, es notable el progreso realizado, no sólo en dicha revista sino en toda la prensa argentina, — que en lo que por estilo se entiende, se combinan dos elementos igualmente indispensables para el escritor completo, si bien de muy desigual importancia y rareza, cuales son: por una parte, el cabal conocimiento lexicológico y gramatical del idioma, unido a una exquisita habilidad en la elección de los vocablos y empleo de los giros; por otra parte, ese don innato y genuino de expresar ideas propias en forma intensa y original, que constituye el *quid divinum* del escritor de raza, y acerca de lo cual huelga discurrir, no pudiendo nunca alcanzarlo quien no lo recibió por gracia infusa. Muy al contrario, la primera condición, susceptible de adquirirse o perfeccionarse por el estudio y cultivo, es la que encuentra en una publicación del género aludido su campo de

acción al par que su instrumento. Este acierto en el hablar y escribir, procedente de lo que se llama por figura el "gusto", bien sabéis que cada cual lo perfecciona en sí, no sólo por la educación del colegio y del libro, sino también por el contacto social y la influencia del medio ambiente. No necesito deciros cuál es, en punto a gusto seguro y fino, la nación moderna que hoy se tiene por heredera de la antigua Grecia, y en cuya producción artística se perpetúan, hasta en nuestros días de avenida democrática, las cualidades de sobriedad elegante, precisión sencilla y eficaz, ironía ligera, perfecta medida y gracia delicada hasta en la fuerza, que se comprenden con el nombre de aticismo. Y si, debajo del aprecio exagerado que vuestra indulgencia tributa a mi modo de escribir, hay una partícula de verdad, ésta proviene toda entera de mi patria, a quien la restituyo como hijo agradecido, con orgullo para ella, con modestia para mí. De igual modo, señores, dejadme pensar y deciros, disimulando la parte de jactancia nacional que en la confesión pueda haber,

que con la progresiva depuración y ágil flexibilidad de vuestro nuevo estilo escrito, no es tanto a la madre España a quien tributáis pleito homenaje espiritual, cuanto a esa Francia gloriosa y siempre risueña, aun cuando bañada en lágrimas de madre y cubierta con sangre de sus hijos. Es ella, quien, después de tener, durante cinco años de titánica guerra, ante el universo maravillado, escuela abierta de heroísmos y patrióticos sacrificios, acaba de darnos, en su primer gesto de paz, la más alta lección electoral de razón política y bien entendido civismo, mostrando al mundo, con rasgar aquel tejido de sofismas criminales o insensatos, cómo una gran nación se salva de la barbarie regresiva y la anarquía.

Con todo, señores, no cerremos los ojos a la realidad; ni con distraer frívolamente nuestra atención de los gravísimos problemas que la hora plantea, esperemos aplazar indefinidamente su solución imperativa: a faltar nuestro concurso, se presentarían otros; y no siendo resueltos con nosotros, lo serían en contra nuestra. La humani-

dad entera se encuentra en plena crisis de revuelta. La nave del Estado, en cualquier nación del orbe, se asemeja a esa urca fantástica descrita en *El hombre que ríe* por Víctor Hugo, la que vuela arrebatada en las tinieblas, y apenas escapa del escollo para correr el temporal, desarbolada y sin gobierno. Dado que el alto ejemplo de Francia sea contagioso para preservarnos del delirio "maximista", quedará en frente de nosotros, resuelto y fuerte, el socialismo, con su programa de exigencias, en parte legítimas. Conjuradas las revoluciones sociales, cuyo parto sería el desorden caótico si no la ruina completa o parcial de esta civilización milenaria, se imponen como imprescindibles y urgentes las reformas profundas que restauren en su normalidad el cuerpo nacional, eliminando o renovando sus órganos caducos. Sea o no científico el socialismo de Marx y sus secuaces; contengan o no alguna posibilidad de realización futura el sindicalismo revolucionario y el colectivismo anárquico,—la verdad indiscutible, hartamente evidente y palpable, es que el presente desquicio universal,—

que pone en cuestión todo principio autoritario, y en peligro toda estructura cohesiva, de la familia a la nacionalidad,—reclama con suprema angustia el decidido auxilio de todas las buenas voluntades para salvar la comunidad del cataclismo. En lo que atañe a esta privilegiada tierra argentina, habíase creído y repetido que bastarían las felices condiciones naturales de su vasto territorio, amparadas por el liberalismo de sus instituciones democráticas, para alejar toda amenaza de trastorno. Y así es cómo, mecidos por tal ilusión, el primer amago de "bolchevismo" exótico nos ha sorprendido mal armados hasta para la represión inmediata; y, como régimen profiláctico, con una legislación obrera rudimental, la que sólo receta impotentes paliativos contra males profundos que apenas con una medicación heroica se podrían combatir.....

Tal es, señores, la situación a que todos, grandes y chicos; ricos y pobres, nacionales y extranjeros, debemos hacer cara, sin exagerarnos sus peligros ni disimularnos su gravedad; y siendo así que a todos nos interesa

por igual, espero que no me negaréis vuestra disculpa, indulgente por haberla evocado en este sitio y momento, que parecen sólo destinados para expansiones y sonrisas.

Jóvenes que me escucháis: no sólo merecéis mis agradecimientos por vuestra simpática iniciativa, sino mis felicitaciones sincéras: os habéis honrado, honrando el trabajo en la persona de este viejo trabajador. Gozad de la fuerza y alegre lozanía de vuestra edad, sin desdeñar a los que rendidos por los años se van inclinando hacia el reposo. Como decía la antigua canción espartana: "Lo que sois, lo hemos sido; lo que somos, lo seréis". Pero prefiero invocar en vuestro obsequio la palabra del Decálogo que promete larga existencia a los que respetan a sus mayores. Deseo, pues, que muchos de vosotros, allá por los años de 1960, podáis, a la edad que tengo, brindar, como lo hago ahora por vosotros, por vuestros sucesores, testigos de tiempos más bonancibles y legatarios de una herencia no tan comprometida y azarosa como la que recibís...

Levanto la copa por todos los pre-

sentés, que me han honrado esta noche con su amistosa asistencia a este banquete.

De la *Revista de Filosofía*.

Consideraciones

acerca de la libertad moral

La libertad consiste, sobre todo, en la deliberación. La elección no es *libre* más que a condición de haber sido *deliberada*: el verdadero principio de la libertad debe, pues, ser buscado más allá de la decisión, en este período de examen que le precede y en el cual se ejerce la plena inteligencia. Ahora bien: la deliberación, lejos de ser incompatible con el determinismo, no podría comprenderse sin él; porque una acción deliberada es aquella de que se puede dar razón, y que por tal modo se encuentra completamente determinada. No hay, pues, libertad fuera de la deliberación, y, por otra parte, la deliberación consiste simplemente en la de-

terminación del motivo mejor por vía científica. Ser libre es haber deliberado; haber deliberado es haberse sometido y haber sido determinado por motivos racionales o que tales parecen. Puede, pues, decirse que la deliberación es el punto en que se confunden la libertad y el determinismo. ¿Por qué deliberamos? Para ser libres. ¿Cómo deliberamos? Según un balance de motivos y de móviles cuyo mecanismo es necesario. Pero, ¿y por qué queremos ser libres? Yo respondo: porque por experiencia hemos reconocido que la libertad es una cosa prácticamente ventajosa para nosotros y para los demás. La libertad, como toda potencia acumulada, vale en atención a sus consecuencias posibles.

Notemos que, en ciertas condiciones, la fatalidad, la esclavitud más grosera, no pueden menos de revestir las apariencias de la libertad. Un perro atado por su dueño, pero cuyo dueño desease ir precisamente por donde el perro quiere y tan de prisa como quiere, se creería perfectamente libre. Un pez encerrado en un vaso de vidrio, pero que se sintiese perfectamente atraído hacia el centro del vaso por algún ali-

mento o cualquiera otra razón, no se daría en modo alguno cuenta de su encierro. ¿Cómo, pues, no hemos de creernos libres, nosotros que estamos en una posición infinitamente superior a la del perro o a la del pez? En efecto, nadie nos tiene atados ni prisioneros: nuestra esclavitud no consiste más que en hacer precisamente todo lo que nos parece mejor; no obedecemos sino a nuestras preferencias, lo que es, en verdad, la más agradable de las cosas. Añádase que nadie puede prever nunca de una manera absoluta lo que preferiremos mañana; todo lo cual se explica perfectamente por la perpetua variación de nuestros motivos. Siendo cada uno un pensamiento, es un verdadero sér vivo que nace, crece, declina en breves instantes, y eso dentro de nosotros. Creemos entonces nuestra libertad absoluta, indeterminada, a causa de la infinidad de motivos que nos determinan, y estamos así satisfechos en los límites en que nos encontramos. Cuando Cristóbal Colón desembarcó en América, creyó haber encontrado un continente: no era más que una isla; pero los indígenas no habían experi-

mentado nunca el deseo de recorrerla por entero: la creían sin fin. Esta infinidad de motivos impide entre ellos todo equilibrio fijo y toda previsión desde afuera: por nuestra parte, para cesar esta lucha de motivos, no nos hace falta más que un simple deseo. Una acción concebida como posible basta por esto sólo para darnos el poder de realizarla. No podemos, por tanto, jamás concebir una acción como imposible, porque la simple concepción de esta acción la convierte en posible: somos, pues, necesariamente libres a nuestros propios ojos. Podemos siempre querer lo que nos parece más deseable, precisamente porque así nos parece, y de este modo nunca sentiremos la opresión de las cadenas. La consecuencia de todo esto es que se produzca la ilusión del libre arbitrio. Mas hé ahí una libertad inferior. Ciertos deseos, ciertas pasiones, por más que las sigamos de buena voluntad, nos permiten ver demasiado claramente que nos sería difícil obrar de otro modo. Abandonándose a esas pasiones, pronto se siente que está uno ante verdaderos dueños absolutos

Cuando se desciende por una pendiente rápida corriendo, y se quiere descender, no se puede decir que vayamos por donde no queremos ir, y, sin embargo, se siente uno como arrastrado y dominado por una fuerza superior. Así obra la pasión; por eso la libertad más completa se concibe como la liberación de las pasiones violentas y groseras. Por encima de la libertad del deseo, la libertad de la acción. Sólo el razonamiento puede contenerse a tiempo, ignora el hábito, la fuerza adquirida, pudiendo en definitiva afirmarse que libertad y razón son una misma cosa.

M. GUYAU

Los legisladores del amor

Encantadora misión la de los legisladores. Cada antagonismo, cada desequilibrio, cada desperfecto—y vaya si todo ello abunda—sírveles de motivo para dictar una ley o remendar otra.

Y en busca de la salud social, andan atareados con sus específicos, experi-

mentos y fórmulas, ni más ni menos que los doctos en ciencia médica con sus sueros y observaciones microbiológicas.

A los parlamentarios de la tierra uruguaya, les preocupa grandemente el desamor, es decir: los dolores y quebrantos que el amor produce, cuando la correspondencia se ha extinguido.

Y no han hallado en la farmacopea legal, otra receta más eficaz que... reformar la ley del divorcio.

Ineficaz remedio, sin embargo.

Quedará libre el desamorado y no tendrá que soportar las quejumbrosas reclamaciones del cónyuge aún poseído por la pasión y el deseo. Pero ¿y a éste, quién lo liberta de su pena y desaliento? ¿Qué ley podrá darle consuelo y tranquilidad espiritual?

Ninguna por cierto; que en el recetario legislativo, no existen combinaciones de artículos, capaces de amortiguar, siquiera, los sufrimientos morales.

El legislador es impotente para solucionar los problemas del sentimiento.

Son funciones reservadas al filósofo, al reformador de conciencias. Y es en vano que los parlamentarios traten de desempeñarlas.

Cuando el concepto amoroso se transforme en las mentes y pierda ese aspecto pasional, de posesión absoluta, de sometimiento incondicional, que hoy lo caracteriza, serán posibles las separaciones sin que el dolor atenacee a ninguno de los cónyuges.

Mientras tanto, la ley en gestación, será tan sólo una ley más, que hasta es probable no la utilicen muchos, porque también hay quienes, por mucha libertad legal que se les conceda, se sienten esclavos de los prejuicios, de los intereses económicos y aun de sentimientos de conmiseración hacia quienes saben sufrirán si el lazo que los une se rompiese.

Más allá de las leyes, fuéramos de los parlamentos, está el remedio a este mal del amor, como lo están los de todos los males y pesares que a los hombres de hoy aquejan y torturan.

EDUARDO G. GILIMÓN

Buenos Aires.

Pequeñas Respuestas

1.^o Dijo Pasteur en su *Elogio de Littré*, en 1882:

«Con frecuencia me lo represento sentado cerca de su mujer, como en un cuadro de los primeros tiempos del cristianismo: él, mirando la tierra, lleno de compasión por los que sufren; ella, ferviente católica, con los ojos elevados al cielo; él inspirado por todas las virtudes terrestres; ella, por todas las grandezas divinas; reuniendo ambos en un mismo aliento y en un mismo corazón las dos santidades que forman la aureola del mismo Hombre-Dios, la que procede de la abnegación a lo que es humano y la que emana del ardiente amor a lo divino; ella, una santa en la acepción canónica; él, un SANTO LAICO.»

2.^o Decir en matemáticas: «El punto no posee ninguna dimensión, pero puede, moviéndose, engendrar una línea (que posee una dimensión mensurable o divisible)», equivale a decir:

$$0 + 0 + 0 \dots = \text{algo}$$

El punto debe ser definido como el *átomo de dimensión*, o sea la *dimensión indivisible*. La línea posee una dimensión mensurable y una indivisible. La superficie posee dos dimensiones mensurables y una indivisible.

3.^o Por regla general, los más grandes físicos han sido a la vez los más grandes matemáticos de su tiempo.

Sin matemáticas no se da un paso seguro en física; y sin la física llega el matemático a perder el sentido de la realidad.

4.^o El diario *La Verdad* desea que se reglamente el comercio de la chicha. Diferimos de opinión esta vez. Muchos daños podrá hacer la chicha mala, pero mayores temo de la intervención del Estado.

5.^o No acierto a encontrar una sola razón CIENTIFICA para que se haya adoptado como *hora oficial* de San José una hora diferente de la astronómica.

ELIAS JIMÉNEZ ROJAS